

LAURA POWELL

LA ÚLTIMA  
DUQUESA

ILUSTRACIONES DE  
SARAH GIBB

Traducción del inglés de  
María Porrás Sánchez

 Siruela

Las Tres Edades

*Para Ali*  
Arriba y abajo

# BREVE GUÍA DEL SERVICIO DOMÉSTICO

J. BULCOCK, *Los deberes de una primera doncella*



## **El mayordomo**

El mayordomo es el criado de mayor rango en una casa. Sus deberes incluyen revisar la mesa de la cena, trincar la carne, servir el vino y atender las necesidades de la familia y de los huéspedes en el comedor y en los salones. La plata, la bodega y las despensas están a su cargo.

## **El ama de llaves**

El ama de llaves es la criada de mayor rango y ocupa el segundo escalafón tras el mayordomo. Se encarga de las cuentas, las facturas de los proveedores, la organización general de la casa y el abastecimiento de suministros. También se ocupa de las habitaciones de la servidumbre.

## **El ayuda de cámara**

El ayuda de cámara atiende al señor de la casa. Se encarga de organizar el armario del señor, prepararle el baño, afeitarlo y ordenar su vestuario.

## **La primera doncella**

La primera doncella sirve a la señora de la casa, la ayuda a vestirse y asearse, se encarga de lavar las prendas más delicadas de su guardarropa y utiliza sus conocimientos de costura para confeccionar y arreglar prendas. Además, la primera doncella prepara productos de belleza y peina a su señora.

### **El lacayo**

El lacayo pone la mesa en todas las comidas y ayuda al mayordomo, abre la puerta y se encarga de diversas tareas de la casa, como encender las velas y las lámparas, limpiar la plata y abrillantar los zapatos y las botas.

### **Las doncellas**

Hay varios tipos de doncellas: las doncellas propiamente dichas, las criadas y las lavanderas. Cada puesto tiene asignadas unas tareas: encender las chimeneas, acarrear agua caliente para el baño, vaciar y limpiar los orinales, limpiar las habitaciones de la casa, hacer las camas, barrer y sacudir las alfombras y hacer la colada.

### **La cocinera**

La cocinera es responsable de la cocina y de las comidas. No se encarga de limpiar y sus subordinadas suelen prepararle los ingredientes.

### **Las ayudantes de cocina**

Las tareas de las ayudantes de cocina y las friegaplatos incluyen encender los fuegos de la cocina temprano y limpiar la cocina y los utensilios para que la cocinera los use durante el día.

### **Otros criados**

Si hay niños en la casa, los atenderá una **institutriz** y diversas **niñeras**. El **mozo de los recados** también se encarga de atender a los demás criados y —si no hay **limpiabotas**— abrillanta los zapatos de la casa. El **cochero** supervisa los establos y conduce el coche de caballos, mientras que el **palafrenero** y el **mozo de cuadra** cuidan de ellos. Otros sirvientes que trabajan en los terrenos de la casa son los **encargados de mantenimiento** y los **jardineros**.

## ADVERTENCIA



Debo prevenirte contra aquellas lecturas que solo supondrían una pérdida de tiempo y que, además, podrían corromper tus principios y hacer que te replanteases tu posición. Me refiero a las novelas, cuentos y romances, que han conducido a más de una joven a la ruina...

J. BULCOCK,  
*Los deberes de una primera doncella*  
Londres, C. SMITH (1825)



# CAPÍTULO I



Debes obedecer las órdenes con prontitud y alegría.

J. BULCOCK,

*Los deberes de una primera doncella*



La sirvienta perfecta es invisible.

Y justo así era Pattern. Una chica insustancial como una sombra, tan callada y tan menuda que era fácil olvidar que estaba en la habitación. Sus veloces manos siempre estaban ocupadas —cose que te cose, frota que te frota—, pero no parecía costarle ningún esfuerzo. Y cuando acababa, volvía a hacerse invisible como un fantasma bien adiestrado.

Pattern acababa de cumplir trece años, pero estaba destinada a llegar lejos.

Esta era, al menos, la opinión generalizada en la Academia de Servicio Doméstico de la señora Minchin. Porque Pattern también tenía otras habilidades: un gran talento para sacar las manchas más difíciles de la ropa de cama y unos zurcidos tan perfectos que nadie salvo ella

distinguía las puntadas. A su cargo, no se perdía ni un botón ni un alfiler. Era digno de ver cómo cepillaba los sombreros y, tras su paso por Peinados Avanzados, había perfeccionado el arte de hacer tirabuzones sin ningún tipo de problema.

A pesar de todo, la señora Minchin se quedó de piedra cuando los servicios de Pattern fueron requeridos por su alteza real Arianwen Eleri Charlotte Louise, gran duquesa de Elfinburgo.

—Pero disculpadme..., ¿es que no se encuentran primeras doncellas adecuadas en Elfinburgo? —preguntó al noble personaje que se encontraba en su recibidor.

De no haber sido por las diferencias en la vestimenta, la señora Minchin habría parecido la aristócrata, con su rostro chupado y estirado y las cejas altaneras, mientras que la baronesa Von Bliven era tan colorada y tan rechoncha como una cocinera de armas tomar. Pero la baronesa tenía los ojos acuosos y le temblaban las manos, y la señora Minchin tuvo que esforzarse para entenderla.

—Su alteza real ha rechazado a las candidatas más idóneas. Por tanto, es hora de que busquemos en otro sitio. Como su madrina, he tomado cartas en el asunto, como un favor personal hacia la gran duquesa.

—Lo entiendo perfectamente, excelencia —dijo la señora Minchin, aunque seguía sin encontrarle el sentido a todo aquello—. Lo único que me preocupa es que Pattern sea un poco, ejem, joven para un puesto tan importante. Seguro que una de las graduadas de este año, alguna chica de dieciséis años...

—Ninguna otra tiene sangre elfinesa. —La señora Minchin tenía que admitir que esto era cierto—. Puede que Pattern sea joven para su puesto —añadió la baronesa, entre toses desgarradoras—, pero también lo es la gran

duquesa. En cualquier caso, le estaría muy agradecida por su ayuda. Huelga decir que espero su total discreción.

—Naturalmente —dijo la señora Minchin, con su sonrisa más zalamera. En realidad, le sentó fatal. Ya se había imaginado un cartel de «Proveedores de la Casa Real» con letras doradas encima de la puerta—. Le comunicaré a Pattern las buenas noticias de inmediato.

Cuando se lo anunciaron, Pattern no sabía qué le resultaba más chocante: que iba a convertirse en primera doncella siete años antes de lo previsto, que iba a viajar al continente para trabajar para la realeza extranjera o que, en realidad, no era inglesa.

Pattern era una «pobre huerfanita». Sus padres se habían ahogado. Ella, por entonces un bebé, había sido hallada flotando en su cuna cerca del lugar del naufragio. La niña y un par de tripulantes supervivientes fueron rescatados por un carguero que pasaba por allí, y el dueño realizó una colecta para enviar a la niña a uno de los orfanatos más respetables de Londres, desde el que pasó a la academia de la señora Minchin.

No obstante, acababa de enterarse de que el barco hundido iba repleto de inmigrantes elfineses, aunque se desconocía quiénes de entre todos ellos habían sido su madre y su padre. Con su verdadero nombre pasaba lo mismo. La matrona del orfanato le puso Pattern de apellido, pero no llegó a ponerle nada más para acompañarlo. No importaba. Era normal que cuando una doncella entraba a servir, esta cambiara su nombre por algo sencillo y fácil de recordar, como Sarah, Ellen o Prue. Así que, aunque hubiera quienes valoraran el título de «su alteza real» por encima de todas las cosas, lo que Pattern envidiaba de



verdad era la poesía de «Arianwen Eleri Charlotte Louise». Menudo lujo, cuatro nombres de pila en lugar de uno.

Durante la entrevista en el recibidor de la señora Minchin, Pattern no dejó traslucir ninguno de estos pensamientos disparatados. «Sí, señora», «No, señora» y «Gracias, señora» fueron todas las palabras que pronunció obedientemente.

—Eres una muchacha con mucha suerte —dijo la señora Minchin a modo de conclusión. Incluso ella se sorprendió de la tranquilidad con la que Pattern se había tomado la noticia—. Espero que seas consciente de tu buena fortuna y que trabajes muy duro para ser merecedora de ella.

—Sí, señora. Gracias, señora.

Pero, mientras cerraba la puerta del recibidor tras de sí, Pattern no acababa de sentirse afortunada. No echaría de menos la academia, con sus uniformes marrones y ásperos, ni el dormitorio común lleno de corrientes de aire, ni a las chicas celosas que la empujaban. Pero el perfil tiznado de hollín de Londres era el único horizonte que conocía. La idea de que fuera de él hubiera otro mundo le parecía tan descabellada como su ascenso repentino a la servidumbre real.

Ya era casi la hora de cenar y la mayoría de sus compañeras intentaban entrar en calor ante el fuego raquíptico del refectorio. Pattern cogió su costurero y se unió a un grupo de tres chicas que tejían lana junto a la puerta.

—Me marcho al extranjero —les dijo Pattern con un hilo de voz—. Voy a trabajar en una casa importante. Parto mañana.

No le estaba permitido decir nada más. En realidad, no debería haber dicho nada en absoluto. Pero a alguien tenía que contarle, aunque fuera a medias, lo que estaba a punto de sucederle. Quizá así se lo creyera ella.

Al principio ninguna dijo nada.

—Bueno, la verdad es que no te envidio para nada —repuso Pol, una chica de nariz chata—. El extranjero está lleno de forasteros sucios y no me gustaría ir allí en absoluto.

—Oh, no sé. En el extranjero pasan cosas que nunca suceden aquí —dijo la bondadosa y estúpida Jane, que nunca había pasado de aprender a pelar patatas—. ¡Batallas, revoluciones, escándalos! Creo que debe de ser muy emocionante.

—Pattern —bostezó la huesuda Sue— no es la clase de persona a la que le suceden cosas emocionantes. Pattern es tan aburrida y tan correcta como sus bordados.

Las otras chicas se echaron a reír. Pattern no se inmutó. Se planteó clavarle a Sue una aguja de punto en los nudillos mientras se preguntaba si lo que había dicho sería cierto.

Realmente, el comienzo de su vida había sido excitante: un bebé rescatado de las olas gigantes de una tormenta y de un naufragio. Y aquí estaba, en manos del destino una vez más, en esta ocasión al servicio de la realeza extranjera. Pero quizá Sue tuviera razón y fuera mejor dejar esos dramas para otra persona más adecuada: una persona apasionada y pintoresca, como las heroínas de las novelas que la señora Minchin tanto desaprobaba. (Les metían ciertas ideas en la cabeza a las niñas. Y esas ideas no estaban bien consideradas en la Academia de Servicio Doméstico).

Una persona callada y disciplinada solo podía medrar en un ambiente tranquilo y disciplinado. Pattern debía trabajar en esa dirección. Solo entonces se sentiría enteramente satisfecha con su destino.

Pero, si había llegado a esta conclusión tan sensata, ¿por qué seguía teniendo ganas de clavarle las agujas a alguien?

La mañana de su partida, la señora Minchin le dio a Pattern toda clase de consejos, casi ninguno de utilidad, y se dedicó a presumir de sus días de gloria al servicio de la condesa de Arkminster. Justo antes de partir, le regaló un ejemplar del libro de J. Bulcock, *Los deberes de una primera doncella*. Con una guía de comportamiento y numerosos consejos para el aseo.

—No me cabe duda  
—dijo la señora Minchin, con su tono más regio—  
de que serás un orgullo para esta institución.

Pattern hizo una reverencia. Con su vestido de viaje de sarga gris parecía más anodina que nunca. También sus ojos eran grises; la piel, muy pálida, y la boca, pequeña y bien dibujada. Se peinaba con la raya en medio y el pelo castaño claro cuidadosamente recogido por encima de las orejas. Llevaba las uñas cuidadas y el cuello almidonado a la perfección. La viva imagen, pensó la señora Minchin con aprobación, del cumplimiento del deber.

«Bruja pretenciosa», fue lo que pensó Pattern.

Se cansó de la novedad del viaje tras pasar el primer día en un carruaje traqueteante, apretujada junto a la doncella de la baronesa, una mujer de cara triste que no dejaba de sorberse la nariz. Por la noche, Pattern y ella compartieron una cama en la posada, donde le resultó imposible descansar por culpa de los codazos y la ruidosa nariz de su acompañante.

A Pattern le habría resultado difícil conciliar el sueño de todas maneras. Ante ella se abría lo desconocido, algo tan



infinito como el camino polvoriento y lleno de baches. La única información que tenía sobre su destino había salido de la enciclopedia del aula de la academia. Gracias a ella sabía que el ducado se encontraba en la zona boscosa de los montes de Alemania central, en dirección al norte y la gran llanura europea. Había sido fundado en la Edad Media por un príncipe galés, Elffin Pendraig, que había pasado varios años en el exilio en Europa antes de instalarse allí con sus seguidores. La lengua nativa —el elfinés— derivaba del alemán y del galés, aunque el inglés lo había reemplazado en casi todas las zonas excepto en las comunidades rurales más remotas. Había tres poblaciones importantes: Elffinheim, la capital; la ciudad termal de Brecon-Baden y la ciudad universitaria de Myrddinsbruck, perdida en las cadenas montañosas del norte. El país ocupaba más de 11.000 km cuadrados, con una población de 390.000 habitantes. La principal manufactura era la porcelana.

A Pattern le gustaban los datos y las cifras. Le gustaba clasificarlos en su cabeza. La hacían sentir que una parte del caos del mundo podía ordenarse, como si fuera un armario de sábanas bien organizado. Pero lo que de verdad quería era una impresión personal del lugar. La señora Minchin le había recalcado que la gran duquesa de trece años también era princesa de pleno derecho por gracia de su ascendencia galesa, por lo que debía ser en verdad grandiosa. ¿Cómo se peinaba su alteza real? ¿Con qué colores prefería vestirse? ¿Cuáles eran sus gustos en materia de arte, música, dulces o mascotas?

¿Sería su señora amable con Pattern o le tiraría del pelo y le daría pellizcos en el brazo como hacían las chicas mayores de la academia?

¿La recibirían bien el resto de los sirvientes o les molestaría su presencia?

¿Se sentiría todavía más sola?

Cuidado con la autocompasión, se dijo Pattern. La autocompasión era un lujo que los de su clase no podían permitirse.

La doncella de la baronesa no miraba a Pattern con buenos ojos y fingía no entender su idioma cada vez que esta le hacía una pregunta. Además, dedicaba casi toda su energía a cuidar de su señora y a prepararle bálsamos y jarabes para la tos. La baronesa había acudido a Londres a visitar a un afamado médico de Harley Street, pero el tratamiento no había tenido los efectos deseados. La tos empeoraba a cada hora en el camino.

Llegaron a Elfinburgo el domingo ya tarde, después de recorrer varios kilómetros de bosque espeso. La frontera estaba custodiada por guardias de librea verde que salieron disparados de la garita y se cuadraron al paso del carruaje. Cerca de allí había una pequeña posada regentada por una mujer que vendía suvenires además de ofrecer alojamiento. Entre sus mercancías podían encontrarse banderas elfinesas, dulces de mazapán y bandejas de porcelana con el retrato de la gran duquesa pintado. Mostraban a una niña con sonrisa afectada, mejillas sonrosadas y rizos morenos, el tipo de imagen que se veía en las cajas de bombones.

A la mañana siguiente, Pattern fue convocada al dormitorio de la baronesa. Allí le informaron de que la baronesa estaba demasiado enferma para proseguir el viaje hasta la residencia real. Pattern debía continuar sola. La baronesa había preparado una carta de presentación para que se la entregase al primer mayordomo y otra para la gran duquesa. También había documentos que certificaban la ascendencia de Pattern, que la baronesa había obtenido del cónsul de Elfinburgo en Londres.

—Fue él quien me informó de que te encontrabas en la academia de la señora Minchin. Este es un país pequeño y muy cerrado. Hermético, podría decirse. Son pocos los que lo visitan, y menos los que lo abandonan. Si no fueras una compatriota, no te estaría permitido buscar empleo aquí.

La baronesa seguía tan rechoncha y colorada como antes, pero tenía la piel hundida y cerosa y respiraba con tanta dificultad que Pattern tuvo que acercarse para oírla.

—La gran duquesa es joven. Tanto como tú. Su cargo la obliga a llevar una vida aislada, con pocos compañeros de su edad y pocos compromisos, a excepción de los oficiales. Lamento que no se lleve bien con su tío y tutor, el príncipe Leopold. Pero, aunque mi querida Arianwen sea la criatura más dulce del mundo, tiene una disposición un tanto nerviosa y tendencia a figurarse cosas raras. A decir verdad, se le ha metido en la cabeza que todos sus criados son espías a sueldo del príncipe y que su última primera doncella intentó envenenarla.

Pattern tragó saliva y murmuró que sentía oírlo.

—No te alarmes. Al ser nueva en el país, su alteza real no puede sospechar que tú estés conspirando contra ella. Como tienes su misma edad, es posible que te ganes mejor su confianza.

La baronesa tuvo que hacer una pausa por culpa de un ataque de tos. El pañuelo que se llevó a los labios estaba manchado de sangre.

—Le tenía mucho cariño a la madre de la gran duquesa —dijo, cuando logró recobrase—. Mucho. He intentado cuidar de su hija lo mejor que he podido. A causa de mi salud no he sido la gran amiga que hubiera deseado. O durante todo el tiempo que esperaba.

Suspiró, pero la respiración le salía entrecortada.

—Por eso te pido que te ocupes del bienestar de su alteza real en todos los sentidos. No solo de los detalles de su aseo, sino de proporcionarle sosiego.

Pattern murmuró un asentimiento. Entonces la baronesa la cogió de la mano. La tenía fría y dura al tacto.

—No hay que tener mucha imaginación —dijo la baronesa— para saber que las cortes reales son lugares peligrosos. Te doy un consejo: mantente al margen de las intrigas, ocúpate de tu señora, sigue tu instinto. Y, ante todo, no te fíes de nadie.